

VII Domingo de Pascua

SOLEMNIDAD DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

16 de mayo de 2021

- **Hch 1, 1-11.** A la vista de ellos, fue elevado al cielo.
- **Sal 46. R.** Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas.
- **Ef 1, 17-23.** Lo sentó a su derecha en el cielo.
- **Mc 16, 15-20.** Fue llevado al cielo y se sentó a la derecha de Dios.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación. El que crea y sea bautizado se salvará; el que no crea será condenado. A los que crean, les acompañarán estos signos: echarán demonios en mi nombre, hablarán lenguas nuevas, cogerán serpientes en sus manos y, si beben un veneno mortal, no les hará daño. Impondrán las manos a los enfermos, y quedarán sanos».

Después de hablarles, el Señor Jesús fue llevado al cielo y se sentó a la derecha de Dios. Ellos se fueron a predicar por todas partes, y el Señor cooperaba confirmando la palabra con las señales que los acompañaban.

(Marcos 16, 15-20)

1. Desde la Palabra de Dios

El texto que leemos en esta solemnidad es un apéndice añadido al evangelio de Marcos. Aunque añadido, es inspirado y canónico —aprobado por la Iglesia—.

La Ascensión del Señor se nos presenta en clave de misión: «id por todo el mundo y proclamad la buena

noticia a toda criatura». Así, el regreso de Jesús a la casa del Padre indica un nuevo modo de presencia del Señor Resucitado en la Iglesia y en el mundo; se va, pero se queda: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de los tiempos».

Los apóstoles son enviados como mensajeros de la presencia y acción liberadora del Resucitado. Lo importante de su misión es: pregonar la Buena Noticia a toda criatura. Es decir, anunciar que Dios nos ama y nos salva a todos.

Los apóstoles de todos los tiempos han de afirmar que Jesús vive en nuestro mundo, resucitado, glorioso y encarnado de nuevo en la historia de la humanidad, para consagrar a Dios a los humanos y convertir nuestro tiempo en historia de salvación.

El Dios de Jesús es el Dios de la vida, que quiere liberarnos de las influencias del mal y comunicarnos su misma Vida de Resucitado. La Ascensión señala la hora de la Iglesia. Porque la Iglesia, los cristianos, somos los misioneros llamados a transmitir la alegre y buena Noticia del Reino de Dios en todo tiempo y en todo lugar. Una noticia de salvación, no de condenación.

Los que aceptan el Evangelio, los que creen en Jesús irán por el mundo para distribuir los mismos dones y poderes de Jesús:

- «expulsarán demonios en mi nombre»: esto es, derrotarán las fuerzas del mal;
- «hablarán lenguas nuevas»: es decir, se identificarán con las personas de las diferentes culturas y países; utilizarán un lenguaje nuevo de salvación.
- «agarrarán serpientes con sus manos»: afrontarán todos los peligros.
- «impondrán las manos a los enfermos y éstos sanarán»: sobre todo, recibirán la salud y la salvación aquellos que, arrepentidos, se

conviertan al Evangelio, por medio de la acción santificadora de los sacramentos.

En la Iglesia vive el poder de Jesús Resucitado, su Espíritu, que va desatando las cadenas del pecado e implanta la nueva Vida de Dios.

Si Jesús asciende, es porque antes descendió, para redimirnos de la cautividad y llevarnos con Él a la plenitud: Al subir a lo alto llevó consigo cautivos, repartió dones a los hombres... Capacita así a los creyentes para la tarea del ministerio y para la edificación del cuerpo de Cristo.

2. Desde el corazón de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy se celebra la solemnidad de la Ascensión del Señor. Esta fiesta contiene dos elementos. Por una parte, la Ascensión orienta nuestra mirada al cielo, donde Jesús glorificado se sienta a la derecha de Dios (cf. Mateo 16, 19). Por otra parte, nos recuerda el inicio de la misión de la Iglesia: ¿Por qué? Porque Jesús resucitado ha subido al cielo y manda a sus discípulos a difundir el Evangelio en todo el mundo. Por lo tanto, la Ascensión nos exhorta a levantar la mirada al cielo, para después dirigirla inmediatamente a la tierra, llevando adelante las tareas que el Señor resucitado nos confía.

Es lo que nos invita a hacer la página del día del Evangelio, en la que el evento de la Ascensión viene inmediatamente después de la misión que Jesús confía a sus discípulos. Una misión sin confines, —es decir, literalmente sin límites— que supera las fuerzas humanas. Jesús, de hecho dice: «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación» (Marcos 16, 15). Parece de verdad demasiado audaz el encargo que Jesús confía a un pequeño grupo de hombres sencillos y sin grandes capacidades intelectuales. Sin embargo, esta reducida compañía,

irrelevante frente a las grandes potencias del mundo, es invitada a llevar el mensaje de amor y de misericordia de Jesús a cada rincón de la tierra. Pero este proyecto de Dios puede ser realizado solo con la fuerza que Dios mismo concede a los apóstoles. En ese sentido, Jesús les asegura que su misión será sostenida por el Espíritu Santo. Y dice así: «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra» (Hechos de los apóstoles 1, 8). Así que esta misión pudo realizarse y los apóstoles iniciaron esta obra, que después fue continuada por sus sucesores.

La misión confiada por Jesús a los apóstoles ha proseguido a través de los siglos, y prosigue todavía hoy: requiere la colaboración de todos nosotros. Cada uno, en efecto, por el bautismo que ha recibido está habilitado por su parte para anunciar el Evangelio La Ascensión del Señor al cielo, mientras inaugura una nueva forma de presencia de Jesús en medio de nosotros, nos pide que tengamos ojos y corazón para encontrarlo, para servirlo y para testimoniarlo a los demás. Se trata de ser hombres y mujeres de la Ascensión, es decir, buscadores de Cristo a lo largo de los caminos de nuestro tiempo, llevando su palabra de salvación hasta los confines de la tierra. En este itinerario encontramos a Cristo mismo en nuestros hermanos, especialmente en los más pobres, en aquellos que sufren en carne propia la dura y mortificante experiencia de las viejas y nuevas pobrezas. Como al inicio Cristo Resucitado envió a sus discípulos con la fuerza del Espíritu Santo, así hoy Él nos envía a todos nosotros, con la misma fuerza, para poner signos concretos y visibles de esperanza. Porque Jesús nos da la esperanza, se fue al cielo y abrió las puertas del cielo y la esperanza de que lleguemos allí.

Que la Virgen María, que como Madre del Señor muerto y Resucitado animó la fe de la primera comunidad de discípulos, nos ayude también a nosotros a mantener «nuestros corazones en alto», así como nos exhorta a hacer la Liturgia. Y que al mismo tiempo nos ayude a tener «los pies en la tierra» y a sembrar con coraje el Evangelio en las situaciones concretas de la vida y la historia.

(Papa Francisco. 13/05/2018)

3. Desde el fondo del alma

¿Y dejas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
en soledad y llanto;
y tú, rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?

Los antes bienhadados
y los ahora tristes y afligidos,
a tus pechos criados,
de ti desposeídos,
¿a dónde volverán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos
que vieron de tu rostro la hermosura
que no les sea enojos?
Quién gustó tu dulzura.
¿Qué no tendrá por llanto y amargura?

Y a este mar turbado
¿quién le pondrá ya freno? ¿Quién concierto
al fiero viento, airado,
estando tú encubierto?
¿Qué norte guiará la nave al puerto?

Ay, nube envidiosa
aún de este breve gozo, ¿qué te quejas?
¿Dónde vas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres y cuán ciegos, ay, nos dejas!

Amén.